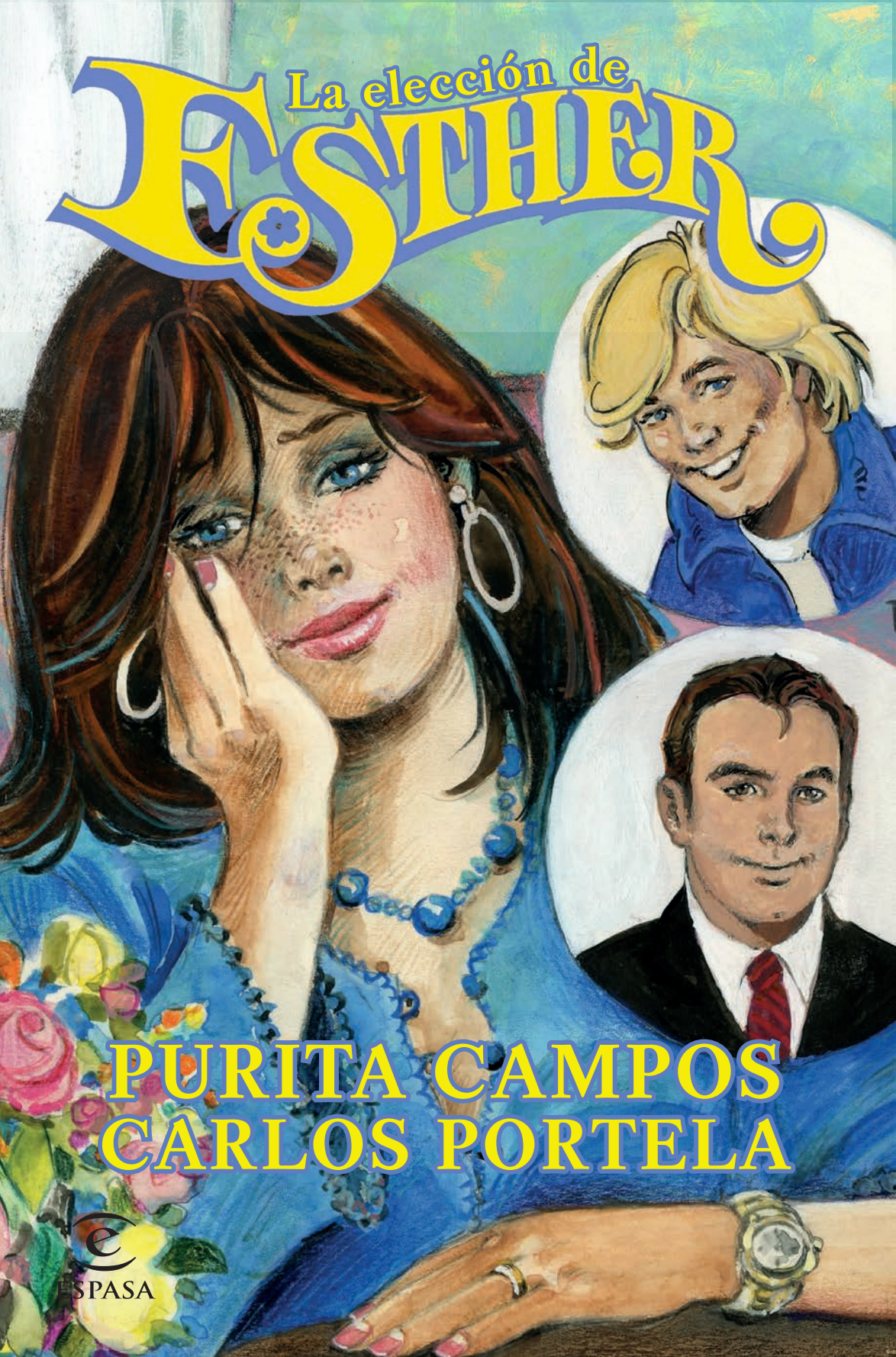
La elección de ESTHER



PURITA CAMPOS
CARLOS PORTELA

ESPASA

La elección de Esther

PURITA CAMPOS
CARLOS PORTELA

ESPASA

ESPASA NARRATIVA

© Purificación Campos, 2016
(ilustraciones)
© Carlos Portela, 2016
(texto)
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 20.840-2016
ISBN: 978-84-670-4632-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Cayfosa, S. A.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

—Primera pregunta: si pudieras elegir a cualquier persona en el mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—¿Vale gente que esté muerta?

—No sé… Supongo que sí, ¿no?

—Tú dirás… ¿Sí o no?

—Empezamos bien. No sé… Bueno, tú di a quien quieras.

—Está bien. A mi padre.

—¿Por qué?

—¿Esa es la segunda pregunta?

—No, pero por curiosidad… pero si no quieres, no contestes.

—Se murió cuando yo era muy pequeño y hay un montón de cosas que me gustaría contarle y preguntarle.

—Muchas gracias por las flores —dijo Diana de Gales—. No hacía falta. Además, casi te atropellan.

—Quizá fue un poco temerario, pero estando en París… me pareció un bonito detalle dejarlas en el túnel. Siempre he sido muy fan suya.

—Puedes tutearme.

—Perdone, pero se me hace raro. Prefiero así.

—Como quieras, Esther. Por cierto, yo también tengo una cosa para ti.

Diana sacó un ramo de novia precioso de un bolso Lady Dior.

—Lo iba a tirar en mi siguiente boda, pero como nunca se celebró… Me gustaría que lo tuvieras tú.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado.

—Cógelo. No seas tímida.

—Bueno, gracias.

—Así lo podrás usar en tu-tuu-tuuu…

Abro un ojo. El móvil no para de pitar.

—No, ahora no…

Es Laurita, mi hermana pequeña. Las pequeñas tienen tendencia a hacer lo que les da la gana. Eso creo

que ya lo he dicho. Lo que no he dicho es que también suelen pensar que las hermanas mayores, sean primeras o segundas, siempre están disponibles. En mi caso he de confesar que tengo debilidad por mi hermana pequeña. Puede que se deba a que le llevo trece años y que tuve que hacer de canguro muchas tardes con ella, lo que hizo que compartiera un montón de momentos, o, simplemente, a que es muy simpática y risueña. No lo sé, pero le perdono casi todo. Bueno, la verdad es que a casi todo el mundo le perdono casi todo. Ese es otro de mis problemas.

Me decido a coger el teléfono.

—Por Dios, Laurita, son las siete y media de la mañana…

—¿No te levantas a las seis?

—Pero hoy es mi único viernes libre del año.

Los músicos solo miran el calendario cuando tienen actuaciones. Gracias, hermana.

—Te cuento rápido y si quieres puedes volver a dormir.

—Estaba soñando con Diana de Gales… Me había regalado un ramo de boda y estaba a punto de decirme con quién me iba a casar.

—Sigues casada con David, tu exmarido. Perdón. Técnicamente no es tu ex porque no has vuelto a firmar los papeles del divorcio, ¿no?

—No.

—¿No? ¿O todavía no?

La gran pregunta. O una de las grandes preguntas de mi vida en estos momentos. No tengo la cabeza

para semejantes cuestiones a estas horas. Llevo dándole vueltas casi dos años como para decidirlo ahora. Evito la cuestión.

—No me has despertado para eso, ¿me equivoco?

—Me voy de gira.

—Genial.

Evidencio mi falta de interés adrede como un pequeño castigo por el madrugón. Le da igual. Opto por seguir, a ver si así acabamos pronto.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora. Por eso te llamo. Hay un problema familiar y vas a tener que encargarte.

Me incorporo de inmediato. Y al contrario de lo que pasa en las películas, no consigo enfundarme las zapatillas nada más sacar los pies de debajo del edredón a pesar de dejarlas todas las noches perfectamente alineadas al borde de la cama. Sigo hablando mientras estiro un pie para darle la vuelta a una de las zapatillas, que no me explico cómo ha acabado al revés si cuando me acosté estaba en la dirección contraria.

—¿Qué problema?

El tono de Laurita no parece de alarma, pero eso no hace que me relaje.

—¿Le ha pasado algo a mamá?

Consigo girar la zapatilla.

—Sí.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué?

Me pongo de pie. Con el ímpetu le doy una patada a la zapatilla y sale disparada. ¡Ooooh!

—Explícate, porque me va a dar algo.

—El problema no es directamente conmigo; es entre papá y mamá. Están todo el día a la gresca. Es insoportable. Ya no puedo más. Me he buscado un grupo nuevo y nos vamos de gira a España. Que conste que antes he llamado a Carol, pero no lo coge.

A esto me refería con lo de que mi hermana es una primera fallida. Si fuera una primera-primera, no solo habría contestado la llamada, sino que se habría plantado en casa de mis padres y habría puesto orden. Ahora me toca a mí encargarme del problema. Como siempre.

—Pero si hasta hace nada se llevaban bien —comento extrañada.

—Pues ya no. Bueno, quedas informada. No le digas a mamá que te lo he dicho porque, si no, me va a freír a llamadas. Llámala y pásate a comer o llévala por ahí de compras para que te lo cuente ella…

—A lo mejor no lo hace.

—¿Mamá? No te lo dirá a las claras, pero no dudes que hará que te enteres. —Laurita se echa a reír—. Y de paso le echará la culpa a otro. Es su especialidad.

Me despido de Laurita y cuelgo. Peregrino en busca de la zapatilla, aprovecho y me meto en el baño. Oh, por favor, tengo un aspecto horrible. Esa hora de sueño que me ha quitado Laurita me ha echado varios años encima. Con pavor compruebo que se me empiezan a ver algunas raíces. Tengo que ir a ver a Rita. Me meto en la ducha. Me lavo la cabeza.

No es que esté especialmente nerviosa, pero reconozco que me he preocupado. Me masajeo tanto el pelo con el champú que cuando me voy a aclarar parezco uno de los Jackson 5.

Después, algo más relajada, bajo a desayunar. Tengo tiempo, así que me preparo un desayuno tradicional completo. Con salchichas, tomate a la plancha, champiñones, alubias, huevos escalfados y beicon. Lo miro antes de empezar a comerlo. Parece una carita sonriente. Sí, lo sé: son 807 calorías, 63 gramos de grasas, 18 gramos de grasas saturadas y unos 4,5 gramos de sal. Soy enfermera. Pero no lo sé por eso. Mi amiga y compañera de trabajo, Carminho, es la que aporta este tipo de datos a mi vida. ¿Quién si no? De acuerdo, no es lo más saludable del mundo, pero algo me dice que va a ser un día muy largo y voy a necesitar energía. Por último, me tomo un zumo de naranja. La vitamina C es importante.

Son las ocho y media cuando termino de recoger el desayuno. Me armo de valor y subo las escaleras para despertar a Patty. A media escalera me lo pienso mejor y doy media vuelta. Sigue enfadada conmigo, así que para evitar abrir hostilidades innecesarias le dejo una nota citándola a comer en casa de mis padres.

No sé qué le pasa. Antes nos llevábamos fenomenal. Las cosas se complicaron cuando se enteró de que su padre y yo no estábamos divorciados por un error jurídico. Ella quería que nos juntásemos. No puedo culparla por eso…, pero yo no sabía, y aún

no lo sé, si eso es lo que quiero. Pensé que pasaría un tiempo enfadada para terminar aceptándolo, es una niña muy madura, pero lo cierto es que tras un viaje por el continente con mis amigas Rita y Doreen me encontré con una hostilidad frontal que continúa hoy en día. ¿Cómo me enfrenté a ello? ¿Con madurez? La madurez es un concepto demasiado amplio y poco definido. Yo, para lidiar con mi hija adolescente, prefiero la ayuda de las nuevas tecnologías: me creé una cuenta de Twitter con una identidad ficticia y me hice amiga suya. Lo sé, lo sé… no es bonito. Que conste que es legal. De todas formas, algo de mala conciencia sí que me dio. Mala conciencia y que no termino de aclararme con el dichoso programa y tuve miedo de que me descubriera, por lo que decidí alquilar los servicios de Joao, el hijo de mi amiga Carminho. Un adolescente de su misma edad aficionado también a los mangas y a todas esas cosas raras japonesas y muy ducho en cuestiones tecnológicas. Joao me informa y yo le pago. ¿Me informa de todo? Al principio estaba convencida de que sí, pero rápidamente se han ido haciendo muy amigos y empiezo a dudarlo…

Me subo en el coche y pienso a dónde ir primero. Miro el reloj. Nueve menos diez. Voy a casa de mis padres, pero cuando echo un ojo al retrovisor, esas raíces descoloridas de mi cabeza parecen reírse en mi cara y decido ir a Londres a ver a Rita. Primero el pelo y después los padres. No lo hago por egoísmo, sino por autodefensa. Conozco a mi madre y si me

presentase tal y como estoy ahora, puedo imaginar perfectamente la conversación…

—Te estás abandonando. No sé cómo sales a la calle con esa pinta. Antes no eras así. Antes ibas siempre muy arregladita y mona.

Para mi madre las virtudes ajenas siempre pertenecen al pasado: ibas, fuiste, eras… Corrijo. Las virtudes de sus hijas siempre pertenecen al pasado. Las de otras personas son permanentes e inmutables.

—¿No has visto lo guapa que está la hija de Ann Lloyd? Nadie diría que tiene casi cincuenta años…

Bueno el «tiene casi» también se las trae, pero, por lo menos, Julia se lleva un piropo. Para Carol y, especialmente, para mí siempre ha sido el «tú antes…». Sin embargo, si hago memoria de mi niñez, también entonces era «tú antes…».

No quiero que me malinterpretéis, quiero mucho a mi madre. En serio, la quiero muchísimo. Si no, no podría soportarla. Y eso probablemente sea más de lo que diría mi hija de mí si alguien le preguntase por mí en estos momentos. No sé… Dicen que, aunque no queramos, terminamos pareciéndonos a nuestros padres. Si eso es así, ¿te toca lo mismo si eres hija única o se reparte proporcionalmente entre las distintas hermanas? No puede ser. Yo no me parezco a mi madre en nada. ¿O sí?

Pongo la radio. Comienza a sonar *Bad Girls* de Donna Summer. Qué buena era Donna Summer… Qué melenaza tenía… Creo que he tomado la decisión correcta yendo a la peluquería antes.